

J. Ferrater Mora

1518 WILLOWBROOK LANE - VILLANOVA, PA. 19068

9 de abril, 1987

Querido Mario:

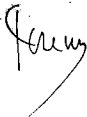
Su carta (1987.04.01) ha sido providencial. Estaba un tanto deprimido a la par que (como dirían en Zamora, o en Salamanca) irritado por la increíblemente estúpida reseña en EL PAIS debida a la (digamos) pluma de Rafael Conte sobre mi novela Hecho en Corona, y su carta me ha vuelto a la realidad. La realidad es que no habría que hacer caso de ningún miembro de la amplia confederación de necios que se llaman a sí mismos "críticos". Yo había leído ya varias reseñas del señor Conte y rogaba a los dioses (como filósofo, tenían que ser del Olimpo) que no se le ocurriera escribir nada sobre la susodicha novela. Este señor pone por las nubes a sus amigos, pero esto no hace sus críticas mejores: todas están escritas en ese estilo neobarroco y postfranquista que impera en la península y que consiste en poner una distancia máxima entre las frases y las (supuestas) significaciones. ¿Quiere usted creer que un crítico madrileño de un libro filosófico mío lo acusaba de "excesiva precisión"? El señor Conte no dice eso, pero dice (o cabe colegir que dice) cosas no menos despampanantes. En su cabeza (suponiendo que la usufructe) no cabe nada que no se diga en la Gran Vía, o en la tertulia del café Gijón. ¿Hispano-americanismos? ¡A la picota! ¿Neologismos requeridos por novedades científicas o tecnológicas? ¡Que se fastidien! Sus desdenes son tanto más sorprendentes cuanto que uno de los aspectos más cuidados en mis novelas --y en otras obras mías-- es el lenguaje, que tiene que ser claro y preciso en filosofía, y terso y rico en literatura. Acaso el secreto de la reacción del señor Conte --y de otros críticos españoles-- hacia mis obras literarias se deba a un factor que tiene cierto interés sociológico: en mis novelas hay, entre otras cosas, aeropuertos, vídeos, computadoras (u ordenadores, si se quiere), etc. mientras que en las producidas por algunos de mis conciudadanos, o ex-conciudadanos, y alabadas por los Contes, hay sobre todo toreros, curas y vacas --que, desde luego, son muy respetables, sobre todo las vacas.

Gracias por su alentadora carta y gracias asimismo a su amigo Hernán Rodríguez Campoamor. Por virtud de su carta procedo a dar un último repaso a mi novela, El juego de la verdad, en la que he trabajado incansablemente durante los últimos seis meses y que había dejado sepultada en el disco duro ("disco duro, ¿qué será eso?", preguntará el señor Rafael Conte; ni Pérez Galdos ni Cela han hablado jamás de semejante engendro), esperando recuperarme del mencionado estado de irritación depresiva. En cuanto termine, le enviaré a un editor con el fin de que, una vez publicada, suscite reacciones similares por parte de críticos que, etc.

Paso los lunes y martes de cada semana en la Big Apple, vulgarmente llamada Nueva York, para dar mi seminario en New York University. Una tercera parte de los filósofos del Departamento están interesados sobre todo en mundos posibles, otra tercera mitad en el problema de la identidad personal (?seré el mismo si se destruyen todas las moléculas constitutivas de mi cuerpo en el momento presente y se reconstituyen dentro de cuatrocientos años? y otras profundidades similares). La última tercera mitad parece interesarse por problemas reales.

Perdone que haya hablado tanto de mí, o de mis actividades, en esta carta. Prometo no recincidir.

Un abrazo cordial de

A handwritten signature in cursive script, appearing to read 'Fanny', written in dark ink.